

El farmacéutico, que parece hombre de instrucción poco comun, invitó á las damas para que hablasen con su señora y sus hijas; pero mostró gran reserva con los hombres, porque los extraños no ven jamás á las chinas de categoría.

En otra vez hablaré de la poblacion china de California, y su significacion en las cuestiones económicas y sociales.

VIII

Las religiones.—Los templos.—Los clubs.—La asociacion.

YA hemos indicado cuánta es la libertad religiosa que se practica en California, los muchos y benéficos templos y la generosa emulacion que mueve á los sacerdotes de los diferentes cultos para acreditar sus creencias, difundiendo la instrucción, procurando el alivio y derramando beneficios en la sociedad en que viven.

En California, cinco familias promovieron, en 1849, la ereccion de un templo protestante, y despues se multiplicaron sus subdivisiones de Episcopales, Metodistas, Evangelistas, Presbiterianos, etc.

La religion protestante puede dividirse en dos grandes categorías. La primera contiene el Episcopalismo, el Congregacionalismo, el Presbiterianismo. En la segunda, el Metodismo y el Bautismo.

La primera categoría es la de los viejos creyentes, la de la tradición y la preeminencia; las segundas se dirigen á las masas. Cuentan los metodistas con la simpatía de las mujeres del pueblo, y en la cruzada que formaron contra la embriaguez, tuvieron ocasion de ostentar su prestigio. Entre los medios de accion de que se sirven los metodistas, están los *rewals* (despertadores religiosos), y los *camp meetings* (asambleas al aire libre).

Se entiende por *rewals* una visita de la gracia divina, un despertar á los afectos santos, una resurreccion de la fé en el alma, segun la voluntad de los confidentes del Señor y acaso conforme á las necesidades del presupuesto *del cielo*.

Entónces es cuando estallan en los templos esos gritos, esas convulsiones, esos escándalos, que determinan en poblaciones enteras mil casos de locura y de suicidio.

El *camp meeting*, nacido tal vez de la necesidad de dirigirse á los peones del campo ó á los habitantes de pequeñas aldeas, hace sentir á los creyentes el soplo divino, cantando y bailando, y tienen la analogía, con las antiguas misiones, en que el enemigo malo no suelta sus presas y suele colocar su copita de ambrosía, como si dijéramos, entre la calavera y la disciplina.

Pero en California, por lo que ví, está en completo descrédito el martirio. Pasaron para siempre en esos lugares felices las lides religiosas; y si hay algo característico, es la indiferencia de las masas á esas cuestiones que no dan pesetas sino á reducido número.

Los creyentes tienen sus círculos y sus influencias, sus caballeros de industria y sus especulaciones; pero el comer-

cio no puede compararse á ninguno de los ramos favoritos de especulacion.

En cuanto á los católicos, más compactos, con mejor disciplina, mucho más ilustrado y tolerante que el nuestro, su crédito, ha sabido aprovechar la emigracion europea, sobre todo la irlandesa, y puede asegurarse que seis millones de habitantes de la Union son católicos.

En uno de los días en que los recuerdos caian como sombras en mi espíritu, busqué el apartamiento de la ciudad, encumbrando una de las calles centrales.

Llamó mi atencion un templo con su torre en el centro, y el aspecto de una extensa galera descansando en groseros estribos de cal y canto, rodeada de un bello jardin circundado por un barandal de fierro.

Espié hácia el templo; estaba completamente solo, se oian mis pisadas resonar en el pavimento de madera, y el eco de mi tos moria en la altísima bóveda.

Volví el rostro á todos lados: dominaba en el altar la Virgen María; al lado del altar ardía la lámpara; era un templo cristiano con todos los adornos, accidentes y particularidades que un templo de México.

Tal vez la disposicion de mi alma, acaso la soledad y el silencio, que es una solemnidad para el espíritu, no sé; pero el conjunto me produjo intensa conmocion.

Sentia en mi oido el acento de mi Santa Madre como encaminando mis pasos al cielo por la senda misteriosa de la oracion, poblaban mis recuerdos los altares, algo de la blanca luz de mi risueña infancia coronaba las simas negras de mis desengaños y de mis dolores.

Yo dudo de todo lo que puede haber inventado el ingenio

humano para hacer de Dios un objeto de tráfico; mi razón protesta contra esa fé que consiste en volar en el caos como los arcángeles malditos de Milton; pero yo siento á Dios y él da luz á mis fibras y canta mi sangre dentro de mi corazón sus alabanzas.

Yo estaba prosternado: mi patria descendió á mí en espíritu, en recuerdo, con los afectos de los que amo, con las memorias de los que esperan mi regreso sobre sus lechos de piedra.

Algun rayo de sol que reverberó en el oro de las molduras del altar, el gorgear de alguna ave que cantó en las ventanas del templo, huyéndose alegre, me volvió de mi arrobamiento y me dispuse á salir en la puerta del templo habia una mujer anciana que pedia limosna en español vestida como las mujeres pobres de nuestra clase media, de mi clase no sé lo que pasó por mí se me figuró que era nuestra raza entera refugiada cerca de los altares, como una barca náufraga tras una roca bienhechora.

Voy ahora á dar cuenta á mis lectores de mis impresiones en la Sinagoga.

A gran distancia percibimos la Sinagoga Emmanuel; brillaban al sol las voluptas de oro colosales en que terminan sus dos torres ó almimbares. El templo levanta su pórtico como un nicho sobre dos elevadas escaleras, y ostenta el arco de su pórtico sostenido por macizas columnas del orden compuesto.

Sobre el arco se ve uno como segundo pórtico formado por tres arcos ó nichos, y coronado por una gran cornisa saliente de la que parecen arrancar las torres hasta su mitad, cubiertas en el interior por espesas celosías.

La parte exterior del templo puede dividirse en tres cuerpos: el primero, compuesto de grandes ventanas coronadas de respiradores ó tragaluces circulares de gran tamaño; el segundo lo compone una colosal arquería con vidrios de colores, como los tragaluces, pero de forma gótica los bastidores, y el tercer cuerpo, el techo en declive por ambos lados, como un caballete cercado de pilares de tamaño proporcional á la mole estupenda del edificio.

Al penetrar al templo nos hallamos casi á oscuras; la luz se modifica en sus rasgadas ventanas por los vidrios de colores, arabescos de exquisito primor en que el nácar, el azul y el naranjado, sobresalen y se combinan con deliciosa belleza.

El templo es como un gran salon; componen su techumbre grupos de bóvedas, recogidas como un cortinaje azul, sembrado de estrellas.

Sobre el pavimento de madera hay tres hileras de lujosas bancas, separadas por cómodos pasillos para que la concurrencia transite con holgura.

En las bancas, de madera fina, con muelles cojines, se encontraban con sus adornos variados, sus gorros, chales y mantillas, las hijas de Abigail y de Ruth, que son morenas, de ojos negros, nariz aguileña; en una palabra, de una hermosura que rinde el alma.

Los caballeros estaban sentados con sus sombreros puestos, lo mismo los niños; pero todos leyendo en el mayor silencio y guardando la más reverente compostura.

En el fondo del templo, de sobre el presbiterio arranca un arco gigantesco que casi toca el techo: en su clave está colocado el órgano, y á los lados, tras balaustrada riquísima, cantores y cantoras.

Debajo del órgano se despliega un segundo arco y penetra la vista en una especie de capilla interior, á cuya entrada cuelga una profusa cortina de color oscuro.

En el centro de la capilla se alza una especie de plataforma, á la que se asciende por dos amplias escaleras. En medio de la plataforma se ve un gran bulto de figura cilíndrica, cubierto de terciopelo carmesí.

A los dos lados del arco del presbiterio estaban dos hombres de pié con sus sombreros puestos.

En la barandilla que limita el presbiterio, que está en alto, se veía un gran atril y en él varios libros.

Frente al atril, y á uno de sus lados, se percibían dos sacerdotes; el uno leía, el otro escuchaba atento; ambos vestían ropas talaras, percibiéndose sus camisas, corbatas y trages de caballeros. Cubrían sus cabezas unos como gorriillos griegos.

El sacerdote, que leía en hebreo, es de arrogante figura, como de treinta y cinco años, alto, blanco, de negra y espesa barba y de un metal de voz sonoro y dulcísimo.

Leía con gran fervor el Rabino ó Doctor de la ley y escuchaba el auditorio conmovido. A veces se ponía de pié el concurso y como que pasaba invisible sobre él el espíritu de Dios.

El aura recogía el acento melodioso del Rabino, y entonces, léjos, muy léjos, entre los rayos trémulos de aquella luz crepuscular, se oía una música de notas celestiales.

Fuese como acercando aquella música que descendía, como gotas de lluvia heridas por el sol, de regiones sublimes, y entónces, voces de arcángeles, que no de mujeres, se desataron en cantos dulcísimos empapados en ternura infinita.

El sacerdote que estaba de pié, al acercarse el canto, abrió sus labios y escuché la voz de barítono más grandiosa, más augusta y más tierna de que puede tener idea el sentimiento humano.

Era un idioma extraño, un canto que no tiene analogía con la música religiosa que prestó sus alas á mi espíritu cuando niño, y que sabe transparentar la queja y el ruego; no, era el canto que nos conduce en la arrobacion del éxtasis, á las contemplaciones de lo infinito y de lo eterno.

Me sentí conmovido en lo más hondo de mi alma; fué aquella para mi espíritu una aparicion de la inmortalidad en su más esplendente seducción.

La lectura, la deprecacion y el canto, se siguieron alternando entre los sacerdotes, el auditorio y las melodías en las alturas.

Unas hermosas judías que estaban frente á mí, lloraban, y se limpiaba sus ojos y su bárba blanca un caballero que estaba á mi lado.

De pronto se rasgó el velo que oculta dentro de la capilla el *Sancta Sanctorum*: los torrentes de armonías del órgano descienden como en cascadas sonoras. En los cielos, en la tierra, en todas partes resuenan cánticos sagrados. El auditorio entero hacia vibrar como una sola voz el himno triunfal del Dios de Jacob.

Los sacerdotes ascendieron por las dos escaleras del fondo de la capilla que conducen al tabernáculo, y uno de ellos colocó en sus brazos el bulto forrado en terciopelo carmesí, de que hemos hablado.

Descendieron del tabernáculo los sacerdotes: lo que conducían eran las Tablas de la Ley.

“¡Aleluya! ¡Aleluya!” clamaba el acento henchido de acentos de la multitud, entre las vibraciones metálicas del órgano.

Se hizo ascender á un niño al presbiterio, repitiendo como una lección la voz del sacerdote la lectura del Decálogo.

Moisés, los Profetas, los truenos y relámpagos del Sinaí, los tiempos bíblicos de la comunión íntima del hombre con su Dios, palpitaban, irradiaban en mi alma.

*Al Dios de Sabahot, honor y gloria;
Cantemos su poder y su bondad, etc.,*

repetía yo maquinalmente con la voz trémula y los ojos llenos de lágrimas.

He asistido á los templos cristianos y á los protestantes, he escuchado la voz de las catedrales y los cantos rústicos de la iglesia de la aldea ensalzando al Dios de mis padres, y jamás mi alma ha sentido una impresión más intensa, con conciencia más patente de la Divinidad, que la que me poseyó en la Sinagoga Emmanuel de California.

Fuí invitado y concurrí á otro templo en ciernes, dedicado á la Virgen de Guadalupe, favorecido por las familias mexicanas.

En efecto, el domingo que yo asistí la concurrencia era numerosa. El templo es casi subterráneo, oficiaba el señor obispo de la Baja California, al que escuché una plática doctrinal dicha con pretenciosa prosopopeya y muy vacía de sentido.

El templo presenta el aspecto de cualquiera de nuestras parroquias de pueblo, con la sola diferencia de las hileras de bancas, lo que siempre da á la concurrencia cierto aspecto de formalidad y compostura, que una vez vista, se echa mucho de ménos en nuestras iglesias.

Aquella anciana oronda que hace plaza y ocupa los tránsitos; aquella madre de familia que se aplasta, recoge los sombreros de sus hijos y los deja retozar sin cuidado, distraendo y molestando á los circunstantes; aquellos devotos que atraviesan como haciendo equilibrio para llegar al altar mayor, y aquellos sacristanes cuchicheadores, entrometidos y diestros para cruzar entre los ruedos de los tónicos y de las enaguas que tapizan el suelo; aquellos grupos de hombres recargados en las puertas, brujuleando y formando biombo á los que de rodillas ven á su espalda, eso no se conoce en ningún templo de aquí, por infeliz que sea.

Respecto al servicio de la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, aunque el templo tiene un carácter de muy provisional, deja mucho que desear.

—Y qué, ¿no ha oído vd. predicar, me decía un paisano, á un padre G*** que se chupa el dedo para eso de la elocuencia? Hace dos domingos nos predicó un sermón, poco más ó ménos en estos términos. Se hablaba de lo efímero de la felicidad mundana:

“Dios Nuestro Señor es muy bueno: no seré yo quien hable mal de Su Divina Majestad, ni quien le ponga tacha; pero no lo vayan vdes. á creer, un Juan de buena alma, que aguanta carros y carretas.

“Ve, por ejemplo, á un ladrón, y haciéndose disimulado, dice: “Buen provecho, tú las pagarás todas juntas.”

“Se le pasea por los bigotes un borrachin, que le hace tanto caso como si estuviera pintado, y él dice para sus adentros: “Goza, borrachito, goza, que no me la has de ir á penar.”

“Se pavonea con su madama uno de estos amancebados que parece que no lo merece la tierra, y el Señor se está como si tal cosa, ya clavado en su cruz, ya recibiendo azotes en la columna, ya con la mano en la mejilla, como quien dice: “Véamos hasta cuándo se hartan estos pecadores.”

“Pero un día se levanta con todo lo Dios en la cabeza y dice: “Ahora se hizo la mia,” y entónces, allá va una tempestad, allá va un temblor, allá una epidemia, por aquí suelta una apoplejía, por allá un insulto, por acullá una peritonitis de momento, y entónces todos aquellos peccorcitos que hemos visto, van sin zumba, sin alcanzar resuello, á los apretados infiernos.

“Amados fieles: no hay que andarse con chiquillas ni que aturdirse: amar á Dios sobre todas las cosas y á tu prójimo como á tí mismo: así se gana la gloria, que os deseo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.”

Mucho me temo que el sermon del padre G*** sea invencion de mi amigo; pero sí me consta que por el estilo son los rasgos de elocuencia que me han referido personas muy sensatas.

Insistiendo en la importancia del culto católico, se calcula que la iglesia de Santa María, de que hablamos al principio, y es considerada como la Catedral, San Patricio y San Ignacio, han costado 175,000 pesos la primera, 100,000 la segunda y 160,000 la tercera.

Son más de cuarenta los establecimientos que subsisten de la caridad cristiana, como conventos, colegios, escuelas y hospitales.

El colegio de San Ignacio, para niños exclusivamente, es un establecimiento de educacion de primer orden. El número de alumnos que tiene la escuela es de seiscientos.

El sentimiento práctico de igualdad, el respeto á lo ajeno, y sobre todo, cierta altura de civilizacion, provocan en este país á las asociaciones, que centuplican la valía del hombre, aumentan su inteligencia, procuran su perfeccionamiento y combaten enérgicamente el socialismo, porque la libertad es el vínculo de esos empeños fraternales.

La asociacion cria el capital, emancipa el trabajo, funda bajo sólidas bases el crédito y prepara al obrero solaz y consuelos en las enfermedades y la vejez.

Uno de los resortes más poderosos de la grandeza de los Estados-Unidos, acaso el mayor, son esas asociaciones que en lo científico, en lo industrial, y de todas maneras, impulsan el inmenso desarrollo de los elementos de prosperidad de los pueblos.

La civilizacion ilustra al hombre y duplica su importancia, luego que otro hombre, que á la vez es un capital, se une á él: la moralidad mantiene la balanza de los intereses entre los asociados: el espíritu de igualdad impide las explotaciones ventajosas y embota los avances de la mala fé y de la especulacion vedada. Cuando un pueblo ó una reunion de hombres no pueden armonizar sus intereses, búsquese la